

LA HORA DEL  
MAR  
CARLOS SISÍ



Unos días antes de la noche de San Juan, los océanos de todo el mundo se llenan de peces muertos. El fenómeno llama la atención de las agencias medioambientales, que no encuentran explicación alguna. A bordo del Vizconde de Eza, de la Secretaría General de Pesca Marítima, un grupo de biólogos y geólogos parten hacia el Mediterráneo para realizar un informe, pero acaban asistiendo, con infinito horror, a una de las experiencias más increíbles de toda su vida. Paralelamente, los fondos marinos explotan: una cadena de seísmos submarinos asola los mares con fatales consecuencias en las costas. Esto, sin embargo, es sólo el principio de una serie de acontecimientos que pondrá a la Humanidad en jaque a medida que ésta se enfrente a un inesperado adversario: el planeta Tierra.

A la memoria de don Diego Sisí Clavijo (1931-  
2011),  
a quien recordamos cada día con infinito amor.

Gracias plena, papá

*El mar que hoy admiramos y que un día perecerá por nuestra mano en otro tiempo habría bramado fiero, engullendo nuestras tierras y alumbrando otras, limpias de su seno. Mas su venganza es lenta, naturaleza contra naturaleza. Nos deja hacer y se inmola sumiso, porque su fin es el principio que nuestro fin comienza.*

**Fina Ramos Doña**

## 1 - La luz

Aún faltaba una semana para la noche de San Juan, pero diseminados en la línea de la costa, despuntaban ya los resplandores rutilantes de varias hogueras, azuzadas por grupos de jóvenes que empezaban a vivir el verano. Jonás las observaba pensativo desde su barca mientras disfrutaba un cigarro; el color anaranjado de las llamas creaba un hermoso contraste con el azul oscuro del mar.

El aroma tibio, seco y ligeramente afrutado del tabaco se mezclaba con el aire salobre e incendiaba su espíritu de pescador con un sentimiento de felicidad que no podía sentir en ningún otro sitio. Era allí, en las noches de soledad, donde Jonás se embelesaba con el sonido del mar golpeando con arrítmica frecuencia el lateral de su pequeña embarcación, con la brisa marina, fría y húmeda, que le hacía sentirse tan vivo como podía estarse, y con los hermosos procedimientos de la pesca. Aquella noche, como tantas otras, contaba con la compañía de Miguel.

Aunque se conocían hacía ya cuatro años, no sabían mucho el uno del otro. Se conocieron en la playa, en una de las sesiones de pesca de mediados de septiembre, cuando las noches aún son cálidas pero las playas recuperan parte de la tranquilidad que las hace tan deseables. Esa noche hablaron del influjo de la luna en las mareas, de las fluctuaciones barométricas y su efecto en los peces, y de marcas de cerveza. Conversaciones triviales, casi siempre centradas en sus pasatiempos favoritos. Con el paso del tiempo, las cosas no cambiaron. Quedaban exclusivamente para pescar, nunca para hacer otra cosa. Y en esas noches,

las inquietudes del día a día no tenían cabida, como tampoco hablaban de problemas de salud, de sus mujeres o de sus hijos. Ni siquiera entonces, tantos años después, ninguno sabía exactamente a qué se dedicaba el otro. Así era como les gustaba que fuera.

—¿Ya estamos lo bastante lejos, Jonás? —preguntó Miguel.

Habían estado concentrados en el sonido que producían los remos al batir el agua, que resultaba del todo embriagador para ambos.

—Ya puede valer... o un *poquillo* más, *Migué*, como tú veas.

Miguel asintió y colocó los remos en el interior de la embarcación, dejando escapar un suspiro de satisfacción. La noche era realmente hermosa y la temperatura muy agradable.

—De todas formas, con esta marea muerta no sé si veremos muchos peces —dijo Jonás después de un rato, estudiando la superficie queda del mar con los ojos entrecerrados.

Miguel sonrió, con un brillo de astucia en su expresión.

—Habla por ti... —contestó—. Yo, esta noche, triunfo.

—¿Y eso?

—Mira lo que he traído —dijo, hurgando en su bolsa.

—¿Qué es eso?

—¿Esto? —dijo, mostrándole un blíster donde se retorcían unos animales vermiformes—. Son gusanos americanos... ¡la hostia! Mira...

—No me jodas, *Migué*... —dijo con remarcado fastidio—, ¿gusanos americanos?

—Sí, sí... ya veremos quién pesca el más gordo.

Jonás echó un segundo vistazo al interior del envase.

—Coño... son grandes...

—Ya puedes decirlo: diez centímetros, la mayoría. Pero ¿sabes por qué son tan buenos? Echan la hostia de sangre y otros líquidos bajo el agua... ¡por eso son tan buenos!

Atraerán a cualquier pez que ande medio dormido por ahí abajo. Y son nerviosos, casi tanto como los gusanos coreanos, ¿te acuerdas de los coreanos? Pues verás, éstos... Lo malo es... —cogió una de las piezas y la sostuvo entre los dedos, ceñudo. El gusano se retorció girando sobre sí mismo espasmódicamente— que hay que esperar a que saque la boca para clavar la aguja, porque si no, pierden demasiada sangre y dejan de moverse enseguida...

Jonás rió con ganas.

—Vaya mierda te has traído, *Migué*... —dijo al fin.

—Qué sabrás tú... —dijo Miguel, buscando todavía el extremo correcto.

—Además, si buscas una pieza grande, haber traído *tittas*.

—Bueno, ya veremos.

Dedicaron casi media hora más a discutir las ventajas e inconvenientes de uno u otro tipo de cebo. Jonás se había aprovisionado con una nevera llena de hielo y cervezas frías, además de con unos bocadillos de jamón que había improvisado momentos antes de salir. Con todo ello, más un par de paquetes de tabaco, se sentían preparados para pasar la noche hasta que el día empezara a clarear.

Después de preparar los cebos y las cañas, dejaron que la noche transcurriera lentamente arrullados por los musicales sonidos del oleaje chocando contra el bote. No dijeron gran cosa, pero disfrutaban de la mutua compañía. A eso de las dos y cuarto de la mañana, los gusanos americanos de Miguel no habían conseguido todavía muchos éxitos.

—Claro, *Migué*... —dijo Jonás—, a nuestros peces no les gustan los gusanos esos tuyos.

—Qué perra tienes con los americanos —contestó Miguel con cierto fastidio.

Había pagado las dichas lombrices a un precio desorbitado, pero pensó que merecería la pena si podía sacar un par de buenas piezas; un par más que su compañero, al menos, que era de lo que se trataba.

—Hombre, es como... no sé... intentar montar un McDonald's para peces, ¿no, *Migué*? —exclamó, soltando una sonora carcajada.

Miguel resopló pesadamente. Su cebo flotaba a cierta distancia, describiendo mansas ondas en la superficie del mar.

—Bueno, no es que a ti te vaya muy bien tampoco.

Jonás miró el cubo, completamente vacío. Era extraño, a decir verdad, que a esas horas de la noche no hubieran atrapado ya alguna pieza. No conseguía recordar días en los que no hubieran echado una mala sardina al cubo; piezas insignificantes en su mayoría que, de todas maneras, solían regalar a los gatos que les esperaban en la playa por la mañana.

—Será que va a soplar el viento de Levante —comentó Jonás, pensativo. Ambos sabían muy bien que, en las costas mediterráneas, en los días previos a los temporales de Levante, el pescado desaparece durante la noche; incluso los pescadores profesionales tienen serias dificultades para echar algo a las redes como no sea en los fondos de cascajo, fango y arena.

—Pues ya es mala suerte —contestó Miguel—. Ya veremos si a primera hora del día quieren comer, porque si no, no me lo explico.

Jonás apuró la segunda lata de cerveza de la noche, dejó pasar el trago amargo y áspero por la garganta y exhaló un suspiro contaminado de regusto a cebada fermentada.

—¡Ya picarán! Por mi madre —exclamó entonces, resolutivo, mientras echaba mano de sus cebos especiales.

Pero a las cuatro menos cinco, después de otro par de latas, muchos más cigarros y algo de conversación intrascendente, los peces seguían sin picar.

—Que me jodan... —exclamó Miguel entonces—. ¡Mira dónde tienes uno!

Jonás se dio la vuelta en la dirección que le señalaba Miguel, y allí, flotando a la deriva en la superficie, encontró



un pez de considerable tamaño. Sus escamas brillaban a la luz de la luna como si estuviera revestido de plata.

—Vaya por Dios —comentó Jonás—. Tuvo que morirse de viejo sin picar en nuestro anzuelo. Qué hijo de puta.

Miguel rió sin poner mucho énfasis.

—Pues mira, allí hay otro...

Y así era. Estaba un poco más a la izquierda, junto a la popa de la embarcación. Era un poco más pequeño, pero de mayor tamaño que las raquílicas piezas que conseguían en las malas jornadas. Entonces, un sonido débil y acuoso les llamó la atención, justo a su espalda. Se volvieron instintivamente, a tiempo para ver los últimos coletazos de un enorme rodaballo que había emergido de las profundidades para quedar muerto sobre uno de sus laterales.

—¡Bueno! —exclamó Miguel, sin poder apartar la vista de la pieza.

—Mira el tamaño de esa cosa...

Y eso no era todo. A escasos centímetros del pez, una lubina todavía inmadura salió a la superficie con un ruido burbujeante; y luego, un pez pequeño que no pudieron identificar inmediatamente. A éstos les siguieron otros dos, y en cuestión de pocos segundos, la noche se llenaba con el peculiar sonido de los peces irrumpiendo a su alrededor. Jonás y Miguel giraban sobre sí mismos, mirando en todas direcciones. Por todas partes ocurría lo mismo, incluso a cierta distancia: primero decenas, luego cientos de peces afloraban entre las olas con sus panzas hinchadas y las branquias rojas destacando en el agua. Los había grandes, y los había pequeños. Ninguno parecía capaz de escapar al fenómeno, fuera lo que fuese.

—Hostias... —exclamó Miguel.

Jonás, a su lado, miraba el espectáculo con la boca abierta. En poco tiempo, estuvieron rodeados de tantos peces muertos que se hizo difícil alcanzar a ver la superficie del mar. El aire se llenó del penetrante aroma de las pescaerías de mercado, de las lonjas a primeras horas del día,

cuando el pescado fresco se introduce en cajas enormes para su venta.

Miguel se pasó una mano por su poblada barba.

—Esto... ¿qué es, *Migué*? —le preguntó Jonás.

—No lo sé, macho.

Jonás espío la superficie, inquieto. De repente el agua oscura que tanto amaba le pareció misteriosa y hostil, como si encerrara un antiguo mal invisible y colérico. Pensó en los vertidos extraños que de vez en cuando asolaban las costas, pero en toda la noche no habían visto ni un solo barco alrededor, ni siquiera en la línea del horizonte, donde solían acechar grandes buques mercantes por su proximidad al puerto.

Aunque era Jonás quien debía ocuparse de la vuelta, Miguel tomó los remos y empezó a dirigir la barca hacia la orilla; sentía una imperiosa necesidad de salir de allí. Mezclado con el fuerte olor a marisma percibía algo más, algo invisible que erizaba el vello de su piel. La oscuridad a su alrededor empezaba a parecerle sofocante, y maniobrar en medio del pescado muerto, con el que normalmente se sentía tan cómodo, le resultó repugnante.

—Ha pasado algo, macho, ha pasado *algo* —decía Jonás, más para sí mismo que a nadie en concreto.

Miguel pensó que les hubiera venido bien tener un móvil. Podrían avisar a la Guardia Civil, a la Comandancia de Marina, a cualquiera, de hecho... pero sabía que una de las normas no escritas ni pronunciadas de las Noches de Pesca era la incomunicación. Nada de llamadas. Desconectar del mundo, como se hacía antes de la llegada de los infernales aparatos.

De pronto se fijó en Jonás y se quedó helado. Los remos se paralizaron en medio del aire, y el agua se escurrió de su superficie de plástico para caer de vuelta al mar. Su compañero estaba lívido, algo que podía ver pese a la luz sepulcral de la luna, que les confería un aspecto un tanto

fantasmagórico. Sus ojos estaban abiertos como platos y su boca formaba una «o» perfecta.

Se volvió para mirar por encima de su hombro.

Había una especie de resplandor difuso que se encontraba todavía a cierta distancia, como si una potente luz submarina arrojase destellos luminosos desde debajo del agua. A medida que evolucionaba, el agua en la superficie brillaba con un fulgor iridiscente. Su forma era circular y no demasiado grande, pero avanzaba hacia ellos a gran velocidad.

—Qué... es... eso... —musitó.

Jonás se apoyó contra los bordes de la barca e hizo un amago de querer incorporarse.

—¡Miguel!

Pero Miguel seguía en su sitio. Fuera lo que fuese, aquella cosa que iluminaba con la fuerza de un centenar de neones avanzaba claramente hacia ellos, sí, pero siguiendo una trayectoria submarina. Jonás no se dio cuenta, pero cuando faltaban tan sólo unos cientos de metros para que cruzara por debajo, contuvo la respiración.

El submarino luminoso se aproximaba a una velocidad endiablada, enervando ligeramente la superficie, donde se desató un pequeño oleaje. Los cadáveres de los peces chocaron unos con otros, produciendo un sonido denso como un chapoteo. A pesar de la rapidez con la que sucedió todo, Miguel tuvo tiempo de mirarlos con cierta fascinación; era como si, por unos instantes, hubieran vuelto a la vida y se debatieran en el agua intentando encontrar un hueco para escapar.

*Para escapar hacia arriba, se dijo. Hacia arriba.*

Por fin, el proyectil cruzó por debajo de la embarcación y continuó su camino unos metros. Allí, viró bruscamente unos treinta grados hacia el norte y continuó recto hasta desaparecer en la distancia, donde la luz terminó por perderse del todo.

Durante un rato, ninguno de los dos dijo nada. Permanecieron en silencio mientras, poco a poco, la quietud de la noche volvía a caer sobre ellos. Miguel se pasaba la mano por la barba —un gesto que le era muy propio— mientras fijaba la vista en el punto donde el objeto había desaparecido.

—Coño, *Migué*... —dijo Jonás al fin. Pero Miguel no respondió nada.

—¿Qué hostias era eso? —comentó de nuevo.

Se fijó entonces en que seguía apretando con fuerza los bordes de la embarcación. Al aflojar la presión, notó que los músculos de los brazos se desentumecían, provocándole una sensación de hormigueo.

—La verdad, no tengo ni idea —contestó entonces Miguel.

—Pensé que era un puto torpedo. Un misil...

—¿Hacia dónde iba? —interrumpió Miguel.

—Pues... Joder, no lo sé. Crees que se trataba de eso, ¿eh? ¿Un misil que iba hacia la costa?

—Los misiles no giran bruscamente, y tampoco les hacen esto a los peces. Al menos no mientras viajan.

Jonás volvió a observar la exuberante masa de peces, que se mecían como una tela al viento, llevados por el suave oleaje. De repente pareció mirarlos con ojos nuevos; se le ocurría que quizá estuvieran contaminados por algún tipo de virus. Imaginó nubes tóxicas emanando del agua, impregnada con algún tipo de agente mortal. Quizá ellos se encontraban todavía bien, pero ignorante de que el sistema inmunológico del ser humano es muy similar al de los peces, Jonás pensaba que gracias a que poseían organismos superiores, depositarios de un legado de millones de años de evolución, en ellos los efectos se estaban retrasando. Ellos no eran peces. Más débiles, los peces habían perecido de una forma fulminante... Pero ¿qué ocurriría dentro de cinco minutos, o cuatro horas, o un par de días? ¿Terminarían por enfermar ellos también?

—¡Coño! —exclamó, sacándose esos pensamientos de la cabeza—. ¿Crees que esa luz ha causado esto?

—Podría ser... —dijo Miguel—, son dos cosas bastante extrañas en muy poco tiempo. Diría que deben estar relacionadas.

Se volvió a mirar al otro lado y entrecerró los ojos, intentando vislumbrar algo en la distancia.

—Esa cosa venía de alta mar... pero no se ve nada —concluyó.

—Su velocidad era tremenda —apuntó Jonás.

—¿Te fijaste en qué forma tenía? ¿Lo miraste?

—Joder que si lo miré.

—¿Qué forma tenía?

Jonás dedicó unos breves instantes a procesar las imágenes que había retenido, tan nítidas, en su cabeza.

—Era... como una bola —contestó al fin.

—Es lo mismo que vi yo —dijo Miguel, asintiendo brevemente.

—Pues eso es raro de la hostia.

—Sí. Y hay otra cosa...

Jonás estudió su mirada antes de contestar.

—No hacía ningún ruido.

Miguel sonrió con la boca torcida, pero sus ojos no acompañaban el gesto.

—Exacto. Ningún ruido en absoluto. No sé qué sonido hará un torpedo cuando cruza el agua a alta velocidad, pero me imagino que alguno debe de hacer.

Jonás asintió brevemente.

—Y aún hay algo más —continuó Miguel—, no sé si lo notas...

—No estoy seguro...

—La temperatura.

Jonás se pasó una mano por la frente para descubrir que estaba empezando a sudar. Aunque era junio y los días empezaban a resultar calurosos, las noches eran todavía

frescas, sobre todo a tantos metros de la costa. Miguel tenía razón, la temperatura había subido muchos grados.

—¿Crees que los peces han muerto por eso? —preguntó Jonás.

—Metería la mano en el agua para ver si está caliente, pero... no me atrevo, macho.

—No, yo tampoco.

Jonás asomó la cabeza por el borde del bote y olisqueó el aire para ver si percibía algún olor extraño, pero el aire estaba tan impregnado del efluvio del pescado que no pudo identificar nada.

—Vámonos, macho —pidió entonces.

Miraba ahora alrededor con aire preocupado, como si temiera que la esfera luminosa volviera a aparecer desde cualquier punto. Se acordó de un gato que tuvo cuando era pequeño; cazaba todo tipo de bichos y se dedicaba a jugar con ellos durante horas; una forma de prolongar la diversión, golpeándolos con la patita sin permitirles la piedad de la muerte. Aquello se le antojaba un poco lo mismo. Habida cuenta de la inmensidad del mar, ¿qué probabilidades había de que un fenómeno semejante pasara justo por debajo de su barca? Se le ocurría que aquella cosa debía haber reparado en ellos para tomar ese rumbo.

—¿Qué quieres hacer? —interrogó Miguel. Estaba sacando un cigarro del bolsillo y se lo puso en la boca, pero no lo encendió inmediatamente.

—¿A qué te refieres?

—No lo sé. Pensémoslo un segundo.

—No entiendo —dijo Jonás—. ¿Qué hay que pensar?

Por fin, Miguel accionó el mechero y dejó que el cigarro se prendiese de la trémula llama.

—En esto. Me imagino que querrás contarlo.

—Pues... ¡claro, Miguel!

—Podemos contar lo de los peces. Pero lo otro... —permaneció callado unos instantes antes de continuar—. Es demasiado fantástico, es lo que digo.

Jonás pestañeó.

Cuando tenía diecisiete años, le pareció haber visto un fantasma. Al menos era un óvalo de un color celeste casi eléctrico, de casi dos metros, que ocupaba el marco de una puerta. Los tres amigos con los que jugaba a las cartas en la casa también lo vieron; se quedaron petrificados, envueltos en una nube de estupor impregnada con los efluvios rancios del miedo. Cómo corrieron para salir de allí lo antes posible, bajando los escalones de dos en dos hasta llegar a la calle. Con el tiempo, aprendió que relatar su alucinante experiencia hacía que sus interlocutores lo mirasen con suspicacia y levantando las cejas, cuando no suscitaba comentarios condescendientes, lo que era aún peor. Así que, poco a poco, dejó de contarla. Muchos años después, cuando su mente volvía a aquel episodio por algún motivo, se descubría dudando de la veracidad del recuerdo. Ya no estaba tan seguro de haber visto algo realmente, como si las imágenes en su memoria se hubiesen vuelto sepia y apagadas, cuidadosamente sepultadas por la madurez de una mente adulta. Había cerrado esa puerta y extirpado todo lo relativo a aquel suceso con precisión quirúrgica.

Suponía que estaba a punto de vivir una experiencia similar.

—Puede que tengas razón —admitió.

Miguel asintió, soltando una vaharada de humo.

—Pues vámonos de aquí.

—Pero Miguel... —exclamó Jonás con voz débil—, ¿estaremos contaminados?

—No... quiero decir, ¡esperemos que no!

Esta vez fue Jonás quien tomó los remos y empezó a impulsar el bote con bastante energía. Tuvieron que recorrer casi cincuenta metros para que el número de peces muertos se redujera a unas cuantas piezas dispersas.

Apenas dijeron nada, pero cuando llegaron a la orilla y se preparaban para empujar el bote hasta la parte más alta de la playa, Jonás miró hacia el mar, su amado mar, y de